

# LA FUERZA DE LA GACELA

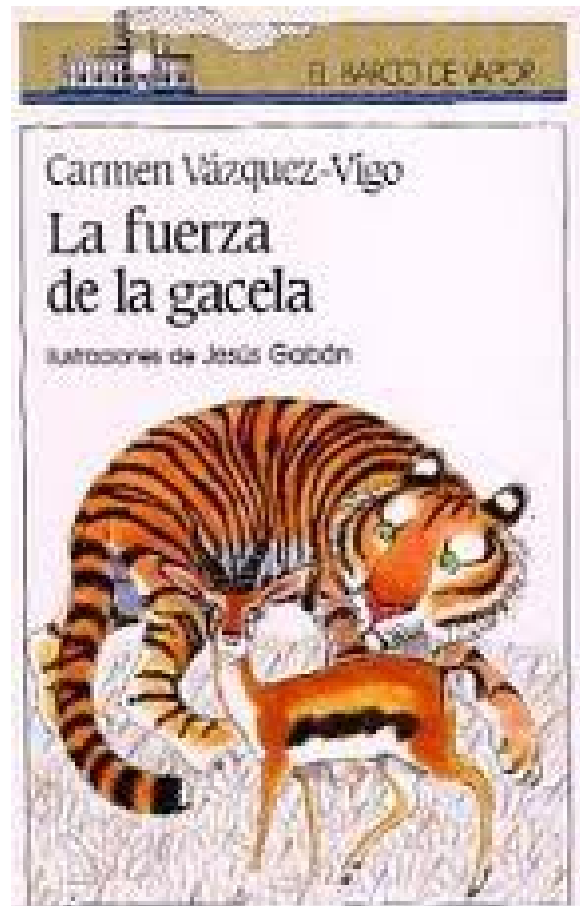
En la selva de Congolandia  
todos los animales,  
grandes y pequeños  
vivían en paz.  
La serpiente, por jugar,  
se enroscaba  
en la gorda pata  
del elefante.  
El hipopótamo tomaba sol  
panza arriba  
soltando unos bostezos  
que hacían temblar la tierra.

Los osos bailaban  
al son de una música  
que sólo ellos oían.  
La jirafa  
llevaba sobre su lomo,  
trotando,  
a los hijos del leopardo.

Tenían un rey,  
León I,  
muy viejo.  
Y, como casi todos los viejos,  
sabio.  
No se enfadaba  
ni cuando su hijo Leoncín  
se negaba  
a tomar clase de rugidos  
porque decía  
que era aburridísimo.

El joven león,  
en vez de rugir,  
se ponía a imitar  
el grito de Tarzán  
que andaba por ahí  
de rama en rama  
con sus monos detrás.

Pero un día  
se acabó la tranquilidad.  
Un tigre  
venido de lejanas tierras  
estaba sembrando el terror  
entre los súbditos de León I.



No dejaba cebra,  
jabalí o conejo  
con vida.  
De ese modo,  
los demás animales carnívoros  
de la selva  
se quedaban sin comer.  
Los cachorros  
ya no podían salir  
de sus casas  
para jugar y correr  
a sus anchas,  
por miedo a que los cazara.  
A una hija del elefante  
estuvo a punto  
de echarle la garra encima

y la pobre se llevó tal susto  
que se quedó muda.  
A partir de ese momento  
no pudo barritar  
ni poco ni mucho.

(Esta cosa tan rara, barritar,  
es lo que hacen los elefantes  
para expresarse,  
siempre y cuando  
no se hayan quedado mudos  
como la desdichada elefantita.)

Flacos  
por la falta de alimentos,  
demacrados  
por las noches sin dormir,  
nerviosos  
por el perpetuo miedo,  
los animales no encontraban  
remedio a sus males.

Para buscarlo,  
León I los reunió a todos  
en un claro que había  
frente a su cueva-palacio.  
Se retorció los bigotes y,  
por sorprendente que pareciera,  
pues era muy cuidadoso  
de su aspecto,  
llevaba la corona caída  
sobre una oreja.

-Mis amados súbditos  
-dijo con voz algo trémula  
a causa del hambre  
y el disgusto-:  
los he convocado  
para que entre todos  
tratemos de solucionar  
la grave situación  
que estamos padeciendo.

-¡Muy bien!  
-gritaron los animales,  
entusiasmados.

-No podemos seguir  
soportando la presencia  
de ese tigre extranjero  
que vacía nuestra despensa,  
nos impide dormir tranquilos  
y nos convierte  
en un pueblo temeroso.  
-¡Y deja mudos  
a nuestros hijos!  
-se lamentó el elefante,  
mientras su hija  
asentía con la cabeza.

El rey  
les dirigió una mirada compasiva  
y continuó:  
-¡Nuestra dignidad  
nos obliga a hacerle frente  
dejando atrás el miedo!  
-¡Muy bien dicho!  
-corearon de nuevo.  
-Siempre hemos sido  
amantes de la paz.  
Si alguna vez  
nos comimos un explorador,  
fue en épocas de necesidad.

Pero ya no es posible la paz  
con un enemigo  
que nos acosa por todas partes.  
¡Hay que acabar con él!

-¡Bravo!

-¡Todos con nuestro rey!

-¡Viva León I!

El monarca sonrió satisfecho  
y preguntó:  
-¿Quién se ofrece  
para llevar a cabo esa misión?  
Hubo un largo silencio.

Cada uno miraba a su vecino  
como si la cosa no fuera con él.  
Nadie parecía decidirse.

-¡Estoy esperando!  
-dijo el rey,  
echándose la corona  
sobre la otra oreja  
en un gesto de irritación.

Su hijo Leoncín pensó que,  
siendo el heredero del trono  
debía dar ejemplo.  
Y se adelantó.

-¡No se puede negar  
que eres de mi misma sangre!  
-exclamó el monarca,  
satisfecho-.  
¿Y qué piensas hacer  
cuando te encuentres  
con el enemigo?  
Porque lo que es rugir,  
lo haces fatal.  
-Aunque soy joven,  
tengo fuertes garras  
y afilados colmillos.  
Sabré usarlos, padre.  
Entonces la serpiente,  
el leopardo y el elefante  
también dieron  
un paso al frente.  
No iban a permitir  
que Leoncín fuera  
el único capaz  
de demostrar valor  
en un momento tan crítico.

-¡Ajá...! Veo que todavía  
puedo estar orgulloso  
de mi pueblo  
-dijo el rey-.

Seguro que entre los cuatro  
conseguirán  
devolvernos la tranquilidad.  
Vayan ahora mismo  
y que tengan suerte.  
Los bravos guerreros  
se marcharon  
entre aplausos  
y gritos de entusiasmo.

Pero los que se quedaron  
pasaron horas  
de gran inquietud.  
¿Qué les sucedería  
a sus cuatro amigos?

¿Traerían la piel del intruso  
como trofeo?

¿O serían  
víctimas de su crueldad?

¿Podrían, al fin,  
vivir tan felices como antes?

Tuvieron la respuesta  
al día siguiente,  
cuando los aguerridos viajeros  
se presentaron ante León I  
y los demás habitantes  
de la selva.

Por desgracia, su aspecto  
no era nada victorioso.  
Venían cabizbajos  
y con señales  
de haber sido derrotados  
en la contienda.  
Uno junto a otro  
guardaban silencio  
esperando  
que alguno se atreviera  
a ser el primero  
en relatar lo ocurrido.

-¡Que es para hoy!  
-tronó el monarca  
de muy mal genio.

El leopardo,  
con una pata enyesada  
se decidió a hablar.

-Majestad...,  
ese tigre extranjero  
es la fiera más terrible  
que he conocido.

Cuando yo estaba al acecho  
para atacarlo,  
me descubrió  
y se lanzó sobre mí  
sin darme tiempo siquiera  
a decir:

¡Viva África!

Y ya lo ven...,  
me dejó esta pata  
en tales condiciones  
que no sé si tendré que andar  
con muletas  
el resto de mi vida.

-A mí –contó el elefante-  
me dio un zarpazo tan feroz  
en la trompa  
que no puedo  
tomar mis alimentos  
más que con cuchara.

¡Qué humillación  
para un animal de mi raza!  
-Yo no tuve mejor suerte  
-dijo la serpiente-.  
Quise utilizar la astucia,  
como tengo por costumbre,  
y esperé  
a que el tigre estuviera dormido  
para clavarle  
mis colmillos envenenados.  
Pero el muy traidor  
estaba despierto.  
¡Y bien despierto!  
Tanto que,  
cuando me tuvo cerca,  
se abalanzó sobre mí  
llevándose la mitad de mi piel.  
-Y diciendo esto  
Tiritó de frío-.

¡No sé  
cómo voy a pasar el invierno  
así, casi desnuda!

Leoncín,  
por ser el hijo del rey,  
se sentía más avergonzado  
que sus compañeros.  
Pero no le quedó más salida  
que confesar la verdad.  
-¿Se acuerdan  
de la hermosa borla  
que adornaba la punta de mi rabo?  
Pues bien,  
el enemigo me lo cercenó  
de un solo bocado  
y ahora no parezco  
ni siquiera un león.  
Se dio la vuelta  
para que todos  
pudieran comprobarlo.  
En efecto,  
el rabo de Leoncín era  
como el de un gato casero.  
Nunca había visto  
al rey tan furioso.

-¡Son un montón de imbéciles!  
-exclamó-,  
¡Si yo no fuera tan viejo,  
les enseñaría  
a luchar como es debido!

En las filas de atrás  
sonó una voz débil y dulce.  
-Tal vez yo...  
-¿Eh? ¿Quién eres?  
¡Habla más fuerte,

que no se te oye!  
-Digo que tal vez  
yo pueda conseguir  
que el tigre nos deje tranquilos.  
Todos giraron la cabeza  
para ver quién hablaba.  
Era la gacela,  
el animal más indefenso  
de la selva.  
El único que no tiene  
ni garras, ni veneno,  
ni arma alguna  
con que defenderse o atacar.

Sus palabras recibieron  
carcajadas y frases burlonas.

-¿Lo vas a matar?

-O quizá se muera de miedo  
al verte.

-¿Te comerás su cadáver?

Ella contestó con mucha calma:

-Ya saben

que soy vegetariana.

-A ver..., a ver...

-dijo el rey, intrigado-.

¿Qué puede hacer una gacela  
que no hayan conseguido  
los animales

más fuertes y poderosos?

-No lo sé todavía;

pero voy a probar.

Sin apresurar el paso

y sin importarle las burlas

que seguía oyendo a sus espaldas,

la gacela se alejó.

León I, temiendo lo peor,  
se puso de pie.

-A ustedes

-dijo, dirigiéndose

a los cuatro

que habían vuelto derrotados-,

el tigre los puso en retirada,

pero, al menor,

salvaron sus vidas.

A ella, en cambio,

se la tragará de un bocado.

Todos los que se reían

momentos antes

se quedaron serios,

con expresión preocupada.

Aunque pensaran

que era una insensata,

tenían cariño a la gacela

y no querían

que le pasara nada malo.

-¡Corran tras ella!

¡Deténganla!

-ordenó el rey.

Pero la madre

del elefante herido,

que era más vieja aún



que León I  
y por eso más sabia,  
dijo  
con su voz de bajo profundo:  
-Yo la dejaría...  
-¿No ves que nosotros  
no pudimos con el tigre?  
-protestó Leoncín.  
Ella contestó  
con tono de reproche:  
-No seas pretencioso.

Eso no quiere decir  
que la gacela tampoco pueda.  
-¡Pero está  
en peligro de muerte!  
-exclamó el leopardo.

El rey,  
poniéndose derecha la corona,  
decidió:  
-La seguiremos  
a prudente distancia.  
Y cuando sea necesario,  
intervendremos para defenderla.  
Deslizándose entre la espesura  
silenciosamente,  
sin abrir la boca  
y hasta conteniendo  
la respiración,  
fueron tras la gacela.

Ella, sin darse cuenta de nada,  
Anduvo  
Hasta que divisó al tigre  
tumbado  
a la sombra de un árbol.  
Los demás  
se quedaron agazapados  
detrás de unos altos matorrales.  
El tigre abrió un ojo perezoso,  
pero no se sobresaltó  
lo más mínimo  
ni se puso en guardia.

¿Cómo iba a asustarse  
de una gacela?  
Ella continuó avanzando  
hasta llegar a su lado  
y le dijo:  
-Nos tienes muy disgustados.

El tigre se incorporó  
sin dar crédito a lo que oía.

-No se puede andar por el mundo  
dando mordiscos  
y arrancando pieles  
-continuó la gacela-  
¿Te parece bonito?  
Leoncín, en su escondite,  
Susurró:  
-¡Ahora! ¡Ahora se la come!  
Pero se equivocaba.

El tigre bajó la cabeza  
y dijo:  
-No creas que me gusta  
vivir así.  
Estoy solo.  
Unos cazadores  
mataron mi familia,  
allá, tras las montañas.  
Yo no les quería hacer mal,  
pero tenía hambre...  
Tus compañeros me atacaron  
y me defendí.  
La gacela parpadeó, pensativa,  
y sus larguísimas pestañas  
abanicaron el aire.

-¿Y si te dejamos  
vivir con nosotros,  
te portarás bien?  
Los animales  
que estaban al acecho  
esperaban impacientes  
la respuesta;  
pero él,  
azotando la tierra con el rabo,  
parecía dudar.

Entonces  
la gacela se le acercó más  
y le dijo algo al oído.

El tigre la miró a los ojos,  
se puso de pie  
y echó a andar tras ella  
como si nunca  
hubiera roto un plato.

León y sus acompañantes  
se pegaron una carrera  
para no ser descubiertos  
y llegar primero al lugar  
donde vivían.

Allí los encontró la gacela  
y les contó  
la conversación  
que había tenido con el tigre  
y que ellos ya conocían.  
-¿Y sólo así  
conseguiste amansarlo?

-preguntó el rey,  
intrigado por saber  
qué había dicho la gacela  
al oído del tigre.  
-Bueno, le dije algo más...  
Le dije..., le dije...  
La gacela trataba de recordar.  
-¡Ah, sí! Le dije...  
"Por favor".  
Las dos palabras  
que a nadie  
se le había ocurrido usar,  
corrieron de boca en boca  
como una fórmula mágica.  
Hasta la elefantita  
que se había quedado muda  
del susto  
las pronunció  
después de barritar a gusto  
y tan fuerte  
que de la palmera más cercana  
cayó una lluvia de cocos.

**La fuerza de la gacela**

• Carmen Vázquez-Vigo  
• EDICIONES SM